

reció de repente el coronel, con lo cual se echó á temblar de pies á cabeza; pero como no le quedaba tiempo ni lugar para ocultarse, y no tenía más recurso que mirarlo y saludarle, alzó los ojos tímidamente y se quitó el sombrero. El coronel le miró, pasóle la mano por la barba, y le dijo: — Adiós, buen muchacho. — Carluccio estuvo á pique de enloquecer: vino corriendo á nuestro encuentro, y jadeante y balbuceando nos dió cuenta de lo sucedido.

Y cosa extraña en un muchacho de su edad; jamás abusó lo más mínimo de la familiaridad con que se le trataba. Siempre se portó con la misma dulzura, humildad y respeto que el primer día que lo recogimos en mitad del camino, y de dicho día, para él venturoso, solía hablarnos con frecuencia, y siempre con las lágrimas en los ojos. No es esto decir que no tuviera también sus horas de melancolía. Acometáale ésta generalmente en los días lluviosos, en los cuales los soldados permanecen debajo de sus respectivas tiendas y el campamento está desierto y silencioso. En tales días permanecía también sentado en la tienda con el rostro vuelto hacia la abertura, y los ojos clavados en el suelo, cual si fuera contando las gotas que pausadamente iban cayendo en el interior.

— ¿En qué piensas, Carluccio? — le preguntaba.

— ¿Yo? En nada.

— No es verdad esto, — le decía yo. — Vén acá, pobre Carluccio, vén acá, cerca de mí: yo no soy más que uno de los muchos que te quieren; pero te quiero tanto como todos. Siéntate á mi lado; hablemos los dos como buenos amigos, y arrojemos del corazón nuestras tristes melancolías.

Él lloraba. Afortunadamente eran éstas melancolías que se desvanecían pronto.

VII

En uno de los ángulos del campamento había dos casuchas, habitadas por una honrada familia de campesinos, y en ellas se estableció el cuartel general de las cocinas para los oficiales de los cuatro batallones. No hay para qué decir la confusión que reinaba allí. Baste saber que para cada cocina, entre cocineros y pinches, había seis ú ocho soldados, y por lo tanto, fácilmente puede comprenderse que aquello era una reprensión continua de parte de los que, sin saber gran cosa, echaban en cara á los otros su ignorancia, y les explicaban cómo debía disponerse tal ó cual guiso; un charlar sempiterno de los que pretendiendo aprender no se cansaban de preguntar; un ir y venir incesante de asistentes que iban á buscar la comida para los oficiales que prestaban servicio en las avanzadas, y de campesinos, vendedores y chiquillería de aquellos alrededores.

En un mísero cūchitril de una de dichas casas fué cuidado Carluccio cuando le acometieron las calenturas que hacía algunos días se habían cebado en el regimiento, hasta el punto de que no se pasaba uno en que no resultaran acometidos, tres, cinco, siete soldados por compañía. Á Carluccio le dieron tan fuertes é intensas que llegó á temerse seriamente por su vida. Asistióle con todo esmero el médico del regimiento, y nosotros le cuidamos lo mejor que supimos.

Entre las tiendas y la puerta de aquel desnudo aposento había un ir y venir incesante de soldados que iban á enterarse del estado del enfermo. Entraban de puntillas; acercábanse poquito á poco á su cama; fijaban sus miradas en los ojos, que paseaba lentamente de uno á otro lado cual si quisiera darse cuenta de lo que sucedía, ó posaba inmóviles sobre el rostro de los que le contemplaban, sin dar señal alguna de conocerlos;

le llamaban por su nombre; aplicaban la mano sobre su frente ardorosa; se comunicaban por señas unos á otros su opinión respecto del estado del enfermito, y al cabo se alejaban tan silenciosamente como habían ido, se detenían junto al dintel de la puerta para mirarle de nuevo, y salían moviendo la cabeza cual si se dijera interiormente:—¡Pobre criatura!

—¿Cómo vamos, Carluccio?—preguntéle un día, cuando empezaba á estar algo mejor.

—Siento... — y no pudo decir más.

—¿Qué es lo que sientes, vamos á ver?

—No puedo...

—¿Pero qué es lo que no puedes?

—Hacer cosa alguna...

Y bajó los ojos dirigiendo su mirada á mi calzado y al pantalón, y añadió:

—...Los otros lo hacen todo.

Referíase á nuestros asistentes, que aseaban y limpiaban por sí solos las prendas todas de nuestro uniforme, sin que él pudiera ayudarlos.

—Y yo estoy aquí... — continuó con voz plañidera, — estoy aquí... y nada hago... y sólo sirvo de estorbo... Quisiera...

É hizo un esfuerzo para levantarse y sentarse; pero no pudo conseguirlo y dejó caer de nuevo la cabeza en la almohada y se echó á llorar murmurando:

—Siquiera pudiese limpiar sus botas, pero... no puedo: no puedo. Mejor sería que me hubiese muerto.

Los imposibles tuve que hacer para consolarle.

VIII

Durante la velada solíamos reunirnos algunos oficiales en aquel cuchitril, y en él, sentados junto á la cama de

Carluccio, permanecíamos charlando hasta media noche. Iban también con alguna frecuencia, uno de los regidores del ayuntamiento de una aldehuela cercana, y el propietario de los terrenos ocupados por nuestro campamento, hombres de bien á carta cabal, campechanos, regordetes, de mediana edad, entusiastas como pocos por la causa italiana y que tenían gran empeño en trabar amistad con los «valientes» oficiales del ejército italiano; gentes hechas á la buena de Dios, que llevaban impresa en el rostro la ingenuidad de su corazón, y que todas las noches, antes de despedirse de nosotros, repetían con mucho énfasis y convicción profunda, que con soldados como los nuestros la toma de la fortaleza de Malghera era cuestión de un asalto á la bayoneta. — No lo crean ustedes, — les decíamos, — no es la cosa tan fácil como á ustedes les parece. — ¿Que no? ¿Quién hay que pueda resistir el empuje del soldado italiano?... — Y terminaban la frase con un ademán que significaba: — ¡Milagros más grandes puede realizar!

Desgraciadamente el discurso concluía dándole vueltas al asunto de la célebre batalla de Custoza, respecto de la cual sentían aquellas buenas gentes una curiosidad extraordinaria.

—La verdad es, — acostumbraba decir el consejero municipal, — que ha de constituir un espectáculo desolador el que ofrece una retirada.

—¿Que si lo es? — contestóle cierta noche mi buen amigo Alberto, que era uno de los narradores más impetuosos y dramáticos del regimiento. — ¡Y tanto! Pueden ustedes tener la seguridad más profunda de que el dolor que produce semejante espectáculo es más vivo, más intenso, más desgarrador, en fin, del que puede producir la pérdida de las esperanzas más lisonjeras, la hiel de los más acerbos desengaños y de las más crueles decepciones. Semejante dolor torturó nuestro espíritu aquella tarde de fatal recordación... Durante la mañana sentíamos verdaderamente dichosos, y ardientes de entusiasmo, y locos de júbilo, hasta el punto